

DE LAS TENTACIONES DEL CUERPO... A LAS DEL PODER

Rosaura Hernández Monroy

En ocasiones nos es difícil imaginar los alcances del fino tejido ideológico que envuelve nuestra conciencia y la forma de ver el mundo. ¿Cómo suponer que nuestra sexualidad está condicionada por una serie de prácticas sociales que ponen de relieve relaciones de poder? ¿Por qué dudar que nuestra realización emocional es a través del encuentro de una pareja “platónica” y del matrimonio? ¿Quién cuestiona el merecido homenaje que reciben las madres mexicanas, el 10 de mayo? Después de leer el libro *Cuerpo, representación y poder*, no puede más que caerse la venda de los ojos y reconocerse que estas prácticas sociales reflejan el modelo de país que se construyó después de la Revolución mexicana.

Elsa Muñiz, investigadora universitaria, realiza un acucioso análisis de la vida política, social y cultural del país, durante el periodo de 1920 a 1934; mediante de la revisión de los diferentes discursos que conformaron la cultura de género en la inmediata posrevolución. De esta manera, con una metodología muy sólida, el estudio muestra cómo se simbolizó la diferencia biológica y se afianzaron las representaciones de lo femenino y lo masculino desde los diversos discursos (el religioso, el educativo, el científico, y el jurídico). Para ello, la autora revisó, aparte de las fuentes tradicionales, gran cantidad de documentos: archivos, censos, informes de gobierno, revistas, manuales, además de entrevistas a personas que vivieron su juventud en los años veinte.

La autora nos muestra cómo la familia de clase media recogió la tradición de familia nuclear, bien avenida, organizada en torno al matrimonio monogámico, cuyo noble fin era la reproducción. Así la monogamia obligada desvalorizó el placer, sobre todo para la mujer que tenía la excelsa misión, como lo planteaba Manuel Gamio, de “forjar la Patria” al procrear y reproducir biológica y culturalmente a la sociedad. Por medio de manuales de urbanidad como el de Carreño o textos como *Lecturas para mujeres*, de Gabriela Mistral, la sociedad se educaba; a esta titánica tarea se aplicaron tanto la Iglesia católica como el Estado, convencidos de que sus metas, en cuanto al control de las conciencias no eran opuestas.

La actitud de la sociedad de esta época ante el cuerpo, era totalmente represiva: nada de ostentarlo, ni mostrarlo, había que cubrir los gestos y hasta la más mínima expresión; sobre todo para las mujeres que debían ser “correctamente” femeninas. Sin embargo, la influencia de la cinematografía estadounidense fue notoria, y la moda que lucían las mujeres de allende el Bravo, seducía por la sensación de libertad que proyectaba. Para evitar tales ejemplos, asociaciones como la Unión de Damas Católicas y los Caballeros de Colón llegaron a presionar hasta la mitra, para evitar

que se exhibieran películas tan pecaminosas.

El proyecto nacionalista de los años veinte trató de integrar a una población de muchos rostros, así que trabajó para definir “lo mexicano”, exaltando lo popular y lo autóctono; así fue como caímos “bajo el yugo del charro, la china y la música de mariachi”. *El Jarabe Tapatío* muestra que la síntesis nacionalista estuvo también definida por la diferencia genérica: la feminidad y la masculinidad idealizadas. La separación de las esferas pública y privada se hizo de nuevo evidente: el mundo de afuera, el del peligro, la perdición y el vicio, era masculino; el mundo de adentro, el de la moral, los cuidados y la emotividad era femenino.

Las metáforas de la reconstrucción nacional y de la vida nueva, evocaban una serie de expectativas, así como temores a lo desconocido. Situaban a los ciudadanos entre lo viejo y lo nuevo, entre la virtud y el vicio. Era el momento decisivo de la confirmación de los valores que dominarían el nuevo orden social: la ética del matrimonio, las prohibiciones sobre sexualidad no genital, los estigmas contra las relaciones extramaritales, la satanización de la homosexualidad, el repudio al aborto. Para la sociedad posrevolucionaria convencida de un afán de mejoramiento, las prostitutas eran la representación de la mujer víctima de sus propias debilidades, rechazadas por ser vistas como la vía de infección de una sociedad respetable.

Las mujeres jugaron un papel fundamental como vínculo entre la modernidad y la tradición; como símbolo del ingreso de México al mundo capitalista y como elemento

conservador de las tradiciones. Por ello se da la sobrevaloración de la maternidad, desde el punto de vista del imaginario social, las mujeres eran un elemento que la nueva estructura de poder habría de resignificar y aprovechar en su beneficio. Así la representación de la madre, se incorporó al tejido simbólico del discurso dominante constituido por la religión, el nacionalismo y la modernización.

En el México de los años veinte, la intervención del Estado en la vida sexual de los sujetos fue determinante, ya que se generó una política sexual que modeló la opinión pública, en lo relativo a anticoncepción, práctica de aborto, salud materno infantil, lactancia, etcétera. Esto propició al inicio de la década de los treinta la controversia manifiesta entre la Iglesia y el Estado, se desplazó de la tradicional discusión sobre el laicismo en las escuelas particulares al espacio de lo corporal y lo sexual, que se concretó a partir de la idea de la educación sexual. De este modo, la lucha por el poder entre los diversos grupos siguió la ruta de la apropiación del cuerpo y la sexualidad.

Con el arribo de la sociedad burguesa, el amor sentimental se perfiló como partidario de la unión, del matrimonio, del amor virtuoso y opuesto a lo pecaminoso; la pasión, en cambio, se percibía como destructiva, carnal y pública. Con el galanteo se conservaba la idealización del objeto amoroso, tan característico del siglo xvii. En México esta práctica fue reutilizada por las nuevas capas medias que empezaron a adoptar algunos modelos propios de la antigua aristocracia. La educación de manual

se presentaba como una manera práctica de adoptar el modelo de cultura urbana moderna que guiaba la vida íntima de los ciudadanos. Otras fuentes que contribuyeron a formular el código amoroso fueron las novelas por entregas que aparecían en diarios como *El Universal* o *Revista de Revistas*, así como en “novelas rosas” que llegaban de España.

Así, este interesantísimo estudio muestra que las acciones de los Estados instrumentadas y dirigidas al control de los sujetos de género cobran sentido sólo como parte de un análisis de la construcción y consolidación del poder. A través de esta investigación comprendemos que la relación entre la formación del Estado moderno en México desde el poder ejercido sobre los sujetos y sus cuerpos, permite un acercamiento a las formas de subjetividad socialmente aceptadas. Elsa Muñiz finaliza su texto con una propuesta teórica: *la cultura de género*, la cual visualiza como un continuo en el que se repiten constantemente las jerarquías de los papeles que cumplimos hombres y mujeres, del mismo modo que se mantienen los referentes simbólicos, ya que no sólo se reproducen sino que se adaptan a las necesidades del poder formando parte de las redes imaginarias que lo sostiene. Sólo así, cada generación podrá dar cuenta de la herencia que recoge del pasado.

Ficha bibliográfica

Elsa Muñiz, *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934*, UAM/Miguel Ángel Porrúa, México, 2002, 346 pp.